

SECCION IV.

3.º *Solicitud por la salvacion de las almas.*

Este es el tercero y último instinto de los Santos, que nos pone en simpatía con Jesus. El mundo y los intereses materiales del mundo están todos contra nosotros, y llévanos tras sí. Nos impresiona mucho más lo que vemos con los ojos corporales, que aquello que contemplamos con la lumbré de la fe. Jesus, sin embargo; vino al mundo para salvar las almas, derramó por ellas su Preciosa Sangre y por ellas murió: prosperan sus intereses, á proporcion que las almas se salvan, y menoscábanse, á medida que se condenan. El alma es la única cosa digna de todos nuestros cuidados. ¡Condenarse una alma, y condenarse para siempre! ¡Quién es capaz de sondear el horror de semejante desventura! ¡Quién puede formarse una idea exacta del abismo de la ruina, de la inconmensurabilidad de la desdicha, de la insoportabilidad del tormento y del irreparable abandono de la desesperacion de una alma eternamente condenada! ¡Y Santa Teresa vió no obstante en espíritu, que se agolpaban las almas diariamente en confuso tropel á las puertas del infierno, como los montones de hojas secas que forma el viento de otoño! ¡Y Jesus estuvo tres horas pendiente en la Cruz por la

salvacion de cada una de esas almas condenadas! ¡Y todas ellas podrian encontrarse ahora despidiendo vivísimos rayos de resplandor y hermosura en la corte celestial! ¡Y esas almas quizá nos amaron, y nosotros las amamos igualmente; y no poco había, por cierto, que amar en ellas! Fueron generosas, afables y caritativas; pero amaron el mundo, dejáronse llevar de sus malas pasiones, crucificaron de nuevo, acaso sin pensarlo, á nuestro Señor, y ahora están condenadas, ¡eternamente condenadas!

¡Qué maravilla que los siervos de Jesus giman por quienes el mismo Jesus gimió tambien! Así es que se les ve siempre solícitos por misiones, escuelas, órdenes religiosas, ejercicios espirituales, indulgencias y jubileos; constantemente están llenos de planes, y si nó de planes, á lo ménos de oraciones; cuidanse poco de toda otra cosa que no sea el importante negocio de la salvacion de las almas, y todo lo sacrifican por ellas. Nada les importa recibir desaires, sufrir chascos é incurrir al principio en algun engaño, pues son todo por las almas. Por ellas comienzan de nuevo todos los dias á levantar planos y tirar nuevas líneas; y no se desaniman, porque no vean claramente si habrá hombres y dinero para continuar las obras que emprenden; su consolacion es, que toda obra por las almas es por su propia virtud una obra completa, y completa para miéntras subsista; pues toda dispensacion de la gracia y de la Preciosa Sangre es una cosa

apetecible y gloriosa en sí misma. Hé aquí por qué la Iglesia, madre amorosa de las almas, se afana tanto en fomentar esos estímulos temporales de retiros espirituales, misiones y jubileos: semejantes prácticas son completas por sí mismas, y para miéntras duren; de aquí, que al propio tiempo que unos se ocupan en hablar, y figar, y criticar, y resfriar, y desanimar á los demás, aquellos que aman á Jesus prosiguen trabajando en la salvacion de las almas con simplicidad de corazon, sin pensar en mañana.

Volúmenes enteros podrían escribirse acerca de esta pasion por las almas, que se halla en toda persona que profese un tierno amor á Jesus. No es encargo hecho solamente á Pedro, sino tambien á todos los que aman: «Una vez convertido confirma á tus hermanos.—¿Me amas más que éstos?—apacienta mis corderos.» Efectivamente, ¿no tenemos cada uno de nosotros un sinnúmero de medios con que contribuir á la salvacion de las almas? Y por la intercesion al ménos ¿no quedan enteramente abiertos los tesoros de toda la Iglesia á la influencia alegre y eficaz de nuestras oraciones igualmente que al mismo Papa?

Los Santos están principalmente formados con estas tres cosas:—celo por la gloria de Dios—susceptibilidad por los intereses de Jesus—solicitud por la salvacion de las almas: estos tres instintos constituyen el carácter más bello y angelical, y nos ayudan

más que ninguna otra cosa á asegurar nuestra predestinacion. Hé aquí las tres cosas que la Confraternidad procura formar en nosotros. Ya hemos visto cuán fácil es adquirirlas, bástanos aprender á amar y servir á Jesus por puro amor: no hay sexo, edad ni condicion que no sean igualmente convenientes para la práctica de estas tres cosas. ¡Qué cambio tan radical no se obraría en el mundo, si unos cuantos acometiesen semejante empresa y la prosiguiesen con calma apacible en la vida ordinaria y oraciones de cada día!

Cuando muere un sujeto en las primeras capitales de Europa, suelen decir sus amigos en elogio de su actividad, energía y tenaz perseverancia:—«Ese hombre ha vivido solamente para llevar á cabo aquella importante línea férrea: su objeto exclusivo no fué otro que arrancar al Gobierno un plan de educacion más científico en favor del pueblo; se consagró con todas sus fuerzas á la causa del Libre-Cambio, ó bien fue un verdadero mártir de sus gestiones por la Proteccion. Esta fué su única idea; crecía en él con la edad; no pensaba en otra cosa, ni perdonó tiempo ni gastos para hacer adelantar un solo paso su causa favorita y los intereses á que estaba tan apegado: tal fué su monomanía. Desempeñó admirablemente su cometido, porque puso en ello todas sus potencias y sentidos: el mundo tiene, pues, una deuda de gratitud que pagarle.»—Ahora bien ¿por qué no debería

decirse igualmente de nosotros:—«Ha muerto; fué un hombre de una sola idea, no se cuidaba de otra cosa sino de que viniese el reino de Dios, y se hiciese su voluntad así en la tierra como en el cielo. Semejante propósito consumía y devoraba sus entrañas; velando y durmiendo no le ocupaba ningun otro pensamiento; nada le arredró; por su idea favorita no perdonaba tiempo ni gastos, y cuando esto le faltaba, escalaba el cielo con oraciones. No tomaba interres por ninguna otra cosa; esto fué su alimento y bebida, y lo que embargaba todo su ánimo, ¡y ya ha muerto!» Efectivamente, ha muerto; pero miéntras el otro dejóse acá sus vías férreas y su pan barato, nuestro amigo se llevó consigo al tribunal de Jesus todo su amor, todas sus penitencias y oraciones; y lo que allí estas cosas han hecho en favor suyo, ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano concibió jamás.

Ponderad, pues, detenidamente estas tres cosas, estos tres suaves instintos de los Santos, este servicio de Jesus por amor. ¿Quereis ver el efecto que producen en un corazon piadoso áun en las cosas más pequeñas? Pues vais á verlo. Cierta jesuíta español no podía resolver si sería mejor ganar una indulgencia por el alma del purgatorio más abandonada y olvidada, ó bien por aquella que se hallase más próxima á su libertad y entrada en la gloria. Veíase enteramente embarazado, ambas cosas eran tiernos actos de ca-

ridad; pero ¿cuál de los dos era el más tierno? ¿cuál más agradable á Jesus? Como este buen Padre era de un corazon sumamente compasivo, inclinábase más hacia la pobrecita alma abandonada, á causa precisamente del desamparo mismo en que se encontraba; produciendo una horrible angustia en su ánimo tener que abandonarla á su olvido. Pero se decidió al fin en favor de la primera: y hé aquí las razones que le movieron á tomar semejante resolucion.—«Si bien es cierto, decíase á sí mismo, que atendiendo al exceso de la miseria, el acto más grande de misericordia consiste en aplicar la indulgencia por el alma más necesitada, la caridad es sin embargo una virtud más excelente que la misericordia, y el acto más subido de caridad consiste en ofrecer la indulgencia por el alma que más amó á Dios, no buscando en ello otra cosa que la mayor gloria del Hacedor como Criador de esa alma; pues se halla más cercana á su entrada en los cielos, donde al punto empezará á glorificar á Dios de un modo inefable con sus alabanzas y felicidad.»—Aquí había celo por la gloria de Dios.—«Además, el alma no es propiamente la victoria completa de Jesus hasta que no arriba al puerto dichoso de la gloria, y la presenta nuestro adorable Redentor al Eterno Padre como trofeo de su Sagrada Pasion. ¿Y no será mejor hacer esperar en el purgatorio á la pobre alma abandonada, que á Jesus en el cielo? Y la pesadumbre que se experimenta dejando en su abandono al

alma más olvidada, no ejercerá alguna influencia sobre Jesús, y no alcanzará algún socorro en favor de dicha pobrecita alma desamparada?»—Aquí había una susceptibilidad y sensibilidad exquisitas por los intereses de Jesús. —«Pero aparte de todo esto, proseguía el piadoso jesuita, cuanto menos retarde su entrada en el cielo el alma que se halla á él más cercana, tanto más pronto empezará á conseguir de Dios toda suerte de gracias para mi alma y la de todos los pecadores que existen en la tierra.»—Aquí había solicitud por la salvación de las almas.—En vista de estas razones se resolvió á ofrecer sus indulgencias por el alma más cercana á su rescate, pero no sin exhalar al propio tiempo un fervoroso suspiro, y dirigir asimismo una mirada compasiva á María, y concebir una esperanza fundada de que Jesús había de obrar alguna cosa extraordinaria á favor del alma desamparada.

Parece que esta decisión del buen Padre tiene en favor suyo una respetable autoridad, pues entre las revelaciones hechas á Sor Francisca del Santísimo Sacramento, religiosa carmelita española, una de ellas tiene por objeto el asunto que nos ocupa. Declaróla el Señor cómo distribuía casi todos los sufragios de la Iglesia universal del día de Animas entre todas aquellas que se hallaban más cercanas á la gloria, manifestándola al propio tiempo la innumerable muchedumbre de almas que salían del purgatorio en la

tarde de ese día (1). Por otra parte sabemos que el alma más abandonada fué la devoción especial de San Vicente de Paul (2); pero las almas desamparadas fueron el objeto de la vocación del Santo, y su herencia y posesión.

Había aprendido el piadoso jesuita á darse razón en todo cuanto obraba: no digo yo que debais vosotros ser tan singulares; pero como quiera que sea, este ejemplo nos muestra muy á las claras cómo pueden las tres cosas penetrar insensiblemente en una alma piadosa, influyendo en sus más minuciosas acciones y devociones más ocultas. Tal es el único objeto de este pequeño tratado. Mi ánimo es recoger para vosotros, de las Vidas de los Santos y obras de escritores espirituales, cierto número de prácticas fáciles y gustosas que, al propio tiempo que contribuyan á formar en vuestras almas dichos tres instintos, os ayuden á promover los intereses de nuestro Jesús amoroso en todos los momentos de vuestra vida, y así llegueis á asemejaros á los Santos por los medios más placenteros que podais imaginaros.

Escoged de entre estas prácticas aquellas que más os agraden: ninguna es obligatoria; todas son enteramente voluntarias. Ni siquiera teneis la obligación de elegir, caso de hacerlo, la mejor, la más ex-

(1) Vita, pág. 171.

(2) *Peint par ses Ecrits*, pág. 258.



celente y perfecta, porque es muy posible que no sea la más provechosa á vuestras almas. Escoged, pues, aquella que más os guste; no es necesario que cambiéis vuestras devociones en mortificaciones: esta es una de las nociones erróneas que los convertidos deberían apresurarse á desechar de su cabeza. Suena bien al oído, pero produce males, y acaba por hacernos descuidados. Mi ánimo es atraeros dulcemente á servir á Jesus por puro amor, y así deseo que os regocijéis y sigáis vuestra inclinacion en las devociones: hé aquí lo que la Madre Juliana de Norwich está siempre inculcándonos en sus *Revelaciones*.

#### SECCION V.

##### *Seis ventajas en la aplicacion de nuestras indulgencias por las almas del purgatorio.*

Deseo con tan vivas ansias que os penetreis bien de los principios arriba sentados, que no acabaré este capítulo sin ilustrarlos por medio de una cuestion que os es familiar á todos vosotros. Unos, no lo ignorais, aplican todas sus indulgencias por las almas del purgatorio; otros resérvanselas para sí; pero ni éstos ni aquéllos tienen ningun derecho para censurarse mutuamente. ¿Con qué título se atreverían á afirmar que no somos libres para seguir cualquiera de los dos partidos, cuando la misma Iglesia afirma que lo deja

á nuestra eleccion? Sin embargo, por el momento voy á resolverme por una de estas opiniones, ateniéndome estrictamente á lo que han dicho los teólogos y escritores espirituales: páreceme que arrojará mucha luz sobre las tres cosas por que estoy abogando.

Siendo la gracia un don tan excelente, preciso es que procuremos aumentarle por cuantos medios estén á nuestro alcance; y pocos medios existen con que podamos conseguirlo con mayor rapidez, como cambiando nuestras satisfacciones en méritos. Verifícase este cambio ganando indulgencias por las almas del purgatorio. Con semejante devocion adquirimos riquísimos tesoros espirituales, y al propio tiempo que es acepta á Dios, aprovechámanos grandemente á nosotros mismos. Examinemos, pues, algunos de los frutos de esta devocion, ora para animarnos á ser más liberales hacia esas hijas de Dios y esposas del Espíritu Santo, ora también para socorrerlas con las oraciones y satisfacciones de nuestras buenas obras, ofreciéndoselo todo sin temor de que perdamos nada en ello. Efectivamente, ganará inmensamente aquél que, no reservándose cosa alguna para sí, ofrezca todas sus satisfacciones é indulgencias en favor de las esposas fieles de nuestro amoroso Redentor detenidas en aquella horrible mansion de penas y tormentos.

El primer fruto de esta devocion consiste en un grande acrecentamiento de nuestros méritos. De las tres cosas comprendidas en las buenas obras del jus-